/SOMOS

Devocional

Del 1 al 8 de noviembre

AMISTAD CRISTIANA

Bienvenido

¿Te ha pasado alguna vez que vuelves a ver una película que conocías de memoria... y, de repente, descubres una escena que jurarías que nunca había estado ahí?

No es que la hayan cambiado. La película es la misma. Lo que ha cambiado eres tú. Ahora ves detalles que antes pasaban desapercibidos. Entiendes una conversación que hace años no tenía sentido. Incluso descubres que una escena que parecía secundaria era, en realidad, la clave de toda la historia.

Con la fe pasa algo parecido.

Hay palabras que llevamos escuchando durante años.
Temor de Dios. Santidad. Espíritu Santo.
La Palabra. Generosidad. Trinidad.
La gran comisión. La iglesia como familia.

Son palabras que forman parte de nuestro vocabulario cristiano. Las leemos, las cantamos y hablamos de ellas con naturalidad. Y eso es bueno.

Pero creo que todos hemos experimentado alguna vez esa sensación de volver a un pasaje de la Biblia y descubrir algo que siempre había estado allí, aunque nunca lo habíamos visto de esa manera. No porque el texto haya cambiado, sino porque Jesús nos ha permitido contemplarlo con una profundidad nueva.

Cuando el equipo pastoral me pidió escribir un nuevo devocional y me dio el tema para cada día, dije dentro de mí: «Pero ¿cómo voy a escribir un devocional sobre 8 palabras con tanto significado? Si más bien, ¡esto da para un estudio teológico de meses!»

Me puse delante de Dios, y le pregunté ¿En qué quieres que me centre? ¿Qué quieres que escriba?

Y la respuesta me vino como un rayo, casi sin pestañear.

«Quiero que hables de mí, de cómo me estás conociendo»

Esta serie no pretende ser un recorrido por ocho grandes doctrinas. Tampoco un manual con todas las respuestas. Mi deseo es mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más ambicioso: detenernos durante unos minutos cada día para mirar a Jesús.

Porque si algo he descubierto en los últimos años es que cuando quiero saber cómo piensa Dios, miro a Jesús.

Cuando quiero descubrir cómo ama Dios, miro a

Jesús. Y cuando intento entender qué significa realmente vivir el Reino, vuelvo a Él.

Él no vino solamente a hablar del Padre; vino a mostrárnoslo. Cada conversación, cada parábola, cada comida compartida, cada gesto de compasión y cada encuentro con personas completamente distintas entre sí nos permiten asomarnos al corazón de Dios. Por eso, durante los próximos ocho devocionales, hay una pregunta que estará presente en todos ellos:

¿Qué nos muestra Jesús sobre esto?

Esa será nuestra brújula.

Cuando hablemos del temor de Dios, miraremos a Jesús. Cuando hablemos de la santidad, miraremos a Jesús. Cuando hablemos de la generosidad, miraremos a Jesús. Cuando pensemos en la Trinidad, en la iglesia como familia, en el Espíritu Santo, en la Palabra o en la gran comisión... Volveremos una y otra vez al mismo lugar.

Porque, si Él es la imagen visible del Dios invisible, entonces nadie nos puede mostrar mejor quién es el Padre.

Mi oración es que estos devocionales sean algo más que una lectura para empezar el día. Que sean una oportunidad para detenernos, bajar el ritmo y contemplar de nuevo a Cristo. Quizá descubras algo que siempre había estado ahí. Quizá un pasaje conocido cobre una profundidad inesperada. Quizá una palabra que creías conocer de memoria vuelva a sorprenderte.

Al fin y al cabo, eso es lo maravilloso de Jesús: nunca deja de revelarnos un poco más del corazón de Dios. Así que... Volvamos a mirar la historia. La historia de siempre, con los ojos puestos en Aquel que la llena de sentido.

¿Me acompañas?

Marcos de Bruine

Comenzamos

Día

Temor de Dios

El otro día vi un vídeo que me dejó pensando.

Un grupo de personas llevan a tres niños a ver el océano por primera vez. Nunca habían estado delante del mar.

No recuerdo tanto las olas. Ni la playa. Ni siquiera el lugar. Lo que se me quedó grabado fue la expresión de sus caras. Nadie les había enseñado cómo reaccionar delante de algo tan inmenso.

Simplemente miraban.

Como si estuvieran intentando hacer sitio dentro de sí para algo que era demasiado inmenso para entenderlo de golpe. **Hay lugares, cosas, situaciones, que son tan grandes, tan bellas y diferentes de todo lo que conocemos que la primera reacción no es entenderlas. Es quedarse quieto.**

Seguramente tú también has vivido algo parecido.

Tal vez contemplando un paisaje que te dejó sin palabras. O sosteniendo por primera vez a un hijo en brazos. O entrando en un lugar donde el silencio parecía decir más que cualquier discurso.

Hay momentos en los que uno se siente pequeño. Pero no pequeño porque valga menos, sino porque acaba de descubrir que la realidad es mucho más grande de lo que imaginaba.

Mientras veía aquel vídeo, me sorprendí pensando que, quizá, esa escena explica mejor una palabra de la Biblia que muchas predicaciones que he escuchado.

El temor de Dios.

La Biblia habla del temor de Dios como el comienzo de la sabiduría. No creo que sea porque Dios quiera que vivamos asustados, no. Creo que Dios quiere enseñarnos algo crucial: la sabiduría empieza cuando dejamos de colocarnos a nosotros mismos en el centro y comenzamos a contemplar quién es Él.

> **«El principio de la sabiduría es el temor del Señor, y el conocimiento del Santo es inteligencia.» Proverbios 9:10**

Pero entonces encontramos otro pasaje que parece decir justo lo contrario.

> **«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo, y el que teme no es hecho perfecto en el amor.» 1 Juan 4:18**

Y la pregunta aparece casi sola.

¿Cómo puede el temor ser el principio de la sabiduría y, al mismo tiempo, el amor perfecto echar fuera el temor?

Durante muchos años pensé que temer a Dios significaba ir con mucho cuidado para no hacer las cosas mal. No lo habría expresado así en su momento, porque no sonaba muy espiritual. Pero, si soy sincero, esa era la imagen que llevaba dentro.

Me imaginaba a Dios como esos dioses de la mitología griega que aparecen sentados en lo alto de una montaña. Inmensamente poderosos. Observándolo todo desde la distancia.

Esperando que los seres humanos no cruzaran ciertas líneas.

Le respetaba. Pero no terminaba de descansar en Él.

Y tener esa imagen de Dios, hizo que el temor acabara pareciéndose demasiado al miedo. Muchas veces me preguntaba si estaría haciendo suficiente, si habría decepcionado a Dios o si, tarde o temprano, acabaría cansándose de mí. Podía obedecerle, sí, pero me costaba disfrutar de su compañía. Había una parte de mí que siempre estaba pendiente de si lo estaba haciendo bien.

Hasta que un día me di cuenta de que había algo que no encajaba. Cuanto más conocía a Jesús, menos se parecía al dios que yo llevaba años imaginando.

Me encontré con unas palabras de Jesús que lo cambiaron todo:

«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.»
Juan 14:9

De repente entendí que, si quería saber cómo es Dios, no tenía que intentar imaginármelo. Dios ya se había dado a conocer en Jesús. Y si al mirar a Jesús no encontraba ese dios distante que temía, quizá el problema no estaba en Dios.

Quizá estaba en la imagen que yo había construido de Él.

Dios nunca había sido diferente de Jesús. El que necesitaba cambiar era yo. Y desde entonces empecé a mirar el temor de Dios de una manera completamente distinta.

> **Cuando miro a Jesús no encuentro a un dios sentado en una montaña. Encuentro a Dios de rodillas.**

Lo veo inclinándose para lavar los pies de sus discípulos, incluso los de aquel que estaba a punto de traicionarle (Juan 13:1-17). Lo veo tocando al intocable, abrazando al rechazado, acercándose al pecador antes de que el pecador se atreva a acercarse a Él (Marcos 1:40-42; Lucas 19:1-10). Lo veo llorando delante de la tumba de un amigo (Juan 11:35). Lo veo perdonando desde la cruz a quienes le están crucificando (Lucas 23:34).

Y cuanto más contemplo a Jesús, más evidente se vuelve algo.

El problema nunca había sido la palabra temor. El problema era que estaba mirando a Dios a través de mis miedos, en lugar de mirar mis miedos a través de Jesús.

Es decir, si Jesús es Dios y nos muestra cómo es realmente el Padre, entonces el temor de Dios no puede consistir en vivir escondiéndonos de Él. Tiene que consistir en **quedarnos maravillados delante de alguien tan infinitamente bueno que ya no queremos alejarnos.**

El amor perfecto no expulsa el asombro. Expulsa el miedo a ser rechazados.

Hay una escena en el Evangelio de Marcos que me parece una de las imágenes más bonitas del temor de Dios.

Los discípulos están en una barca. Se levanta una

tormenta y piensan que van a morir. Es un miedo completamente normal. Mientras ellos luchan contra las olas, Jesús duerme. Cuando lo despiertan, Él se levanta, habla al viento y al mar... Y todo queda en calma.

Entonces sucede algo curioso. Los discípulos dejan de tener miedo de la tormenta. Pero no dejan de temblar. Ahora están sobrecogidos por otra razón.

«Y se llenaron de gran temor, y se decían unos a otros: ¿Quién, pues, es este que aun el viento y el mar le obedecen?»
Marcos 4:41

Esa pregunta me acompaña desde hace tiempo.

No dicen: "¿Y si nos castiga?" No dicen: "¿Y si hemos hecho algo mal?"

Solo preguntan: "¿Quién es este?"

Creo que ahí empieza el verdadero temor de Dios. Cuando Jesús deja de ser alguien sobre quien sabemos cosas y se convierte en alguien a quien no dejamos de contemplar.

Quizá hoy tú también llevas dentro una imagen de Dios que se parece más al miedo que al Evangelio.

Si es así, quiero invitarte a hacer algo muy sencillo.

No empieces por intentar corregir esa imagen.
Empieza por volver a mirar a Jesús.

Obsérvale. Escúchale. Fíjate en cómo trata a la gente. A quién se acerca. A quién toca. A quién perdona.

Porque cuanto más descubras quién es Él, menos vivirás preocupado por equivocarte y más crecerá dentro de ti el deseo de permanecer cerca de un Padre así.

Y creo que eso se parece mucho más al temor de Dios del que habla la Biblia.

Práctica para hoy

1. **Busca un momento de silencio.**
2. **Lee despacio Marcos 4:35-41.**
3. Quédate unos minutos con la pregunta: **«¿Quién es este?»**
4. **Pídele a Jesús que te ayude** a conocer al Padre tal y como Él lo revela.

Y durante el día, cuando te descubras pensando «¿lo estaré haciendo bien?», «¿habré decepcionado a Dios?» o «¿estoy haciendo suficiente?», para un momento y vuelve a mirar a Jesús.

Oración

Padre,

Muchas veces tengo miedo de equivocarme, de no estar haciendo suficiente, de decepcionarte. A veces siento que tengo que hacerlo todo bien para poder acercarme a ti.

Gracias porque, cuando miro a Jesús, descubro que no eres así. Descubro un amor que no humilla, no se cansa y no deja de acercarse.

Enséñame a mirarte como eres, con un corazón lleno de asombro. Que el miedo a ser rechazado vaya desapareciendo y que cada día crezca más en mí el deseo de caminar contigo.

Amén.

DÍA 1

Temor de Dios

“El temor de Dios no nace cuando tienes miedo de acercarte a Él, sino cuando descubres que en Jesús nunca querrías alejarte.”

Día

La gran comisión

«Dime con quién andas y te diré quién eres».

Lo hemos escuchado mil veces. Y aunque suena a frase de abuela, hay bastante verdad ahí. Porque cuando pasas mucho tiempo con alguien, algo de esa persona termina quedándose contigo. Se te pegan expresiones, gestos, formas de reaccionar. Empiezas a contar las cosas como las cuenta él o ella. Incluso puedes descubrirte diciendo algo y pensar después: «¿Estoy hablando como David o esto lo haría Sara?».

No porque te hayas propuesto imitarle. Simplemente porque has estado cerca. Y esa cercanía nos transforma.

Hoy quiero invitarte a pensar en los discípulos de Jesús.

Estuvieron cerca de él durante tres años. Caminaron con él, comieron con él, escucharon sus conversaciones y vieron cómo trataba a las personas.

Aprendieron mucho más que sus enseñanzas.

Aprendieron cómo era Jesús.

Y entonces, después de todo ese tiempo, Jesús les dijo:

«Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»
Mateo 28:19-20

No creo que fuera casualidad. Antes de enviarles a hacer discípulos, Jesús les había enseñado a ser discípulos.

Y eso me lleva a una pregunta que merece la pena hacernos:

¿Con quién estamos andando nosotros?

Solemos empezar por el final, construimos la casa por el tejado. ¿A qué me refiero?

Como creyentes queremos que otras personas conozcan a Jesús. Queremos compartir nuestra fe, explicar el Evangelio, hablar de Dios. Y todo eso nace de algo muy bueno: haber descubierto lo que es realmente importante y querer compartirlo con otros.

Pero surge una pregunta que quizá nos incomoda un poco:

¿Es eso hacer discípulos? ¿Qué significa hacer discípulos?

Porque es bastante fácil confundir hacer discípulos con conseguir que alguien piense como nosotros.

Nos acercamos a otros de esta manera: “Yo tengo las respuestas. Yo conozco el camino. Tú todavía no”. Y empezamos a hablar y hablar…

Pero quizá, sin darnos cuenta, la gran comisión cambia de dirección. Ya no estamos ayudando a alguien a seguir a Jesús. Estamos intentando que siga nuestra manera de entender a Jesús.

La diferencia parece pequeña. Pero no lo es.

Cuando Jesús se acerca a sus primeros discípulos, no les entrega un manual.

No les dice: «Aquí tenéis las diez cosas que necesitáis saber para convertiros en buenos cristianos».

Les dice:

«Venid y seguidme.» Mateo 4:19.

Y ellos van.

Ese «seguidme» es importante. Porque antes de enseñarles a hacer discípulos, Jesús les enseña a ser discípulos.

Van detrás de él, lo observan, aprenden. Se equivocan, vuelven a intentarlo. Y siguen caminando.

Durante tres años están aprendiendo algo que no cabe fácilmente en un manual de instrucciones: **cómo es Jesús.**

Le ven tratar a una persona que todo el mundo considera un pecador, responder cuando los discípulos quieren echar a los niños, acercarse a quien le pide ayuda. Observan qué hace con el poder, con el dinero, con el reconocimiento, con el rechazo.

Han aprendido su manera de mirar.

Por eso, cuando llega Mateo 28 y Jesús les dice «haced discípulos», no está enviando a un grupo de expertos en teoría cristiana. Está enviando a personas que saben lo que significa seguirle.

Y aquí es donde me doy cuenta de que hay algo que

he olvidado.

> **Para hacer discípulos de Jesús, primero tengo que estar aprendiendo a ser discípulo.**

Pablo lo expresa de una manera sorprendentemente sencilla cuando dice:

«Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo.» 1 Corintios 11:1

No dice solamente: «Escuchad mis enseñanzas». Dice: «Imitadme».

Y es que… Ahhh, no puedes negar lo que se experimenta cuando estás cerca de alguien que realmente sigue a Jesús. No son solo sus palabras. Es su manera de mirar, de escuchar, de reaccionar, de tratar a los demás. Es todo. Hay algo que se respira cuando estás cerca. Es otra cosa.

Bien, ahora una pregunta incómoda:

Si alguien pasara tres años caminando conmigo, ¿qué aprendería esa persona de Jesús?

No de mis explicaciones sobre Jesús. De mí.

¿Cómo trato a alguien que piensa diferente? ¿Cómo reacciono cuando me hacen daño? ¿Qué hago cuando tengo miedo? ¿Cómo hablo de las personas que no están de acuerdo conmigo? ¿Qué lugar ocupa Dios en mis decisiones? ¿Qué hago con aquello que no puedo controlar?

Aquí empezamos a entender algo importante de la manera en que Jesús hacía misión.
Jesús no llegaba delante de las personas con una respuesta correcta que entregarles. Entraba en su realidad. En la de Zaqueo, en la de la mujer samaritana, en la de Bartimeo. Personas con preguntas, heridas, miedo, vergüenza o simplemente con una vida muy distinta a la de sus discípulos.

Podía hacerlo sin renunciar a la verdad porque la verdad que anunciaba no era una teoría: era la realidad que estaba viviendo. El Reino de Dios no era para Jesús algo que primero tenía que explicar. Se veía en su manera de mirar, de escuchar, de tocar, de perdonar, de acercarse.

Mira a Zaqueo. Todo el mundo sabía quién era. Seguramente muchos ya habían decidido qué clase de persona era. Jesús, sin embargo, levanta la mirada y le dice:

> «Zaqueo, date prisa y baja, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»
> **Lucas 19:5**

No empieza corrigiéndole. Tampoco le entrega una lista de cosas que tiene que arreglar antes de poder acercarse. Le llama por su nombre y se sienta a la mesa.

Y algo empieza a cambiar.

Con la mujer samaritana sucede algo parecido. Jesús podría haber comenzado explicando quién tenía razón en las discusiones religiosas de su tiempo. Pero empieza junto a un pozo, hablando con ella.

No gana una discusión.
Se encuentra con una persona.

Esto toca algo importante de nuestra manera de hacer misión. Podemos estar tan preocupados por tener el mensaje correcto que terminamos dejando de mirar a la persona que tenemos delante.

Entonces aparece otra pregunta difícil:

¿Qué es más importante, la verdad de nuestro mensaje o la persona?

En Jesús no hacía falta elegir entre una cosa y otra

La verdad tenía un rostro. Tenía una manera de mirar, de escuchar, de sentarse a la mesa, de acercarse a quien estaba lejos.

Si queremos hacer discípulos de Jesús, no basta con transmitir sus palabras. **Tenemos que aprender su manera de vivir.** Eso era precisamente lo que Jesús estaba formando en sus discípulos: no personas que repitieran sus frases, sino personas que aprendieran a vivir como él.

Eso lleva tiempo. Requiere estar cerca, observar, equivocarse y volver a intentarlo. Sobre todo, **requiere dejar que Jesús nos cambie a nosotros antes de pretender cambiar a los demás.**

Por eso la gran comisión empieza mucho más cerca de nosotros de lo que solemos pensar.

Antes de preguntarme «¿a quién tengo que evangelizar?», hay otra pregunta que merece mi

atención: **¿Estoy siguiendo yo a Jesús?**

No se trata de cuánto sé, ni de tener todas las respuestas. Se trata de estar caminando con él. Porque **nadie puede enseñar a otro un camino que no está dispuesto a recorrer.**

Cuando vivimos desde la gracia, también cambia nuestra manera de mirar a los demás. Ya no necesitamos convertir inmediatamente a la otra persona en un proyecto. Podemos escuchar su historia, acercarnos a su realidad, incluso cuando no se parece a la nuestra.

Entonces la misión cambia de tono. Deja de ser «tengo que conseguir que esta persona cambie» y empieza a parecerse más a **«quiero acompañarla a descubrir a Jesús».**

Los primeros discípulos pudieron hacer eso porque ellos mismos habían sido transformados mientras seguían a Jesús. Con el tiempo, algo de aquella vida empezó a hacerse visible en ellos.

Primero seguir.
Después invitar a otros a seguir.

No estamos llamados a fabricar personas que se parezcan a nosotros, sino a dejar que Jesús transforme nuestra manera de vivir para que otros puedan descubrirle también a través de nosotros.

La pregunta final ya no es cuánto sé acerca de Jesús.

Es mucho más sencilla:

¿Cuánto de Jesús se puede ver en la manera en que estoy viviendo?

Práctica para hoy

1. **Elige una persona con la que vayas a encontrarte** durante el día. No necesitas buscar una conversación espiritual ni provocar una oportunidad para hablar de Dios. Simplemente intenta acercarte a esa persona como crees que lo haría Jesús.
2. **Escucha** un poco más. **Pregunta** antes de responder. **Interésate** por su historia.
3. Cuando estés a solas, **pregúntale a Jesús:** «Jesús ¿Qué ha visto esta persona de ti en mí hoy?»

   Puede que la respuesta te guste.
   Puede que no.
   No pasa nada.

   La idea no es aprobar un examen de discipulado. Es empezar a mirar nuestra propia vida desde Jesús.

   Porque quizá el primer discípulo que Jesús quiere formar hoy no sea la persona que tienes delante. Quizá seas tú.

Oración

Jesús,

Quiero seguirte antes de intentar enseñar a otros a seguirte. Enséñame a caminar contigo de una manera tan real que tu forma de mirar, de escuchar y de amar empiece a hacerse visible también en mí. Cuando quiera convertir a otros en personas parecidas a mí, recuérdame que el objetivo eres tú. Y cuando me encuentre con alguien cuya historia sea diferente a la mía, ayúdame a mirar primero a la persona y después a mis respuestas.

Haz de mí un discípulo. Y desde ahí, ayúdame a acompañar a otros hacia ti.

Amén.

DÍA 2

La gran comisión

“Dime con quién andas
y te diré quién eres.
Anda con Jesús.
Deja que se te note.”

Día

Santidad

«Te lo dije»

No me digas que nunca has escuchado esa frase. Y tampoco que nunca te han entrado ganas de decirla.

Sinceramente, creo que todos hemos estado ahí alguna vez.

Alguien toma una decisión. Tú le adviertes. No te hace caso. Y unos días después, cuando todo sale exactamente como habías dicho, aparece esa pequeña sonrisa.

«Te lo dije».

Y hay que reconocerlo: a veces nos gusta. Porque durante unos segundos, solo unos segundos, todo queda perfectamente ordenado.

«Yo tenía razón. Tú te equivocaste».

Pero ¿cómo te sientes cuando te lo dicen a ti? Ahí ya no hace tanta gracia. A mí, personalmente, ninguna.

Porque cuando tengo razón, «te lo dije» parece simplemente la verdad. Pero cuando soy yo el que me he equivocado, pesa un poco más, ya no quiero escucharla.

Y quizá detrás de todo esto hay una idea que he dado muchas veces por buena: Todo lo que hacemos debe tener consecuencias ¿verdad? Cada uno debe recibir lo que merece. Carpe diem. El que ha hecho mal, que aprenda la lección.

Uff, ¡qué bien suena cuando lo digo en alto!

Ahora, para por un momento y piensa en Dios.

Un Dios perfecto.
Un Dios Santo.

Mhh **¿qué significa realmente que Dios sea Santo?**

A veces pienso que, sin darme cuenta, yo había llenado esa palabra de muchas cosas: perfección, pureza, separación, juicio...

Pero ¿y si la Santidad va más allá? ¿Y si es más grande de lo que jamás había imaginado?

Esa es la pregunta que quiero seguir hoy.

«Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.» Isaías 6:3

La Biblia no tiene ningún problema en decir que Dios es Santo. De hecho, lo repite una y otra vez.

Y creo que, durante mucho tiempo, cuando yo escuchaba esa palabra, sabía más o menos lo que significaba. Dios es Santo porque es puro. Perfecto. Porque está separado de todo lo malo.

Lees sobre el tabernáculo y te encuentras con cortinas, espacios separados y un lugar santísimo al que no cualquiera podía entrar. (Éxodo 26; Levítico 16). Lees la Ley y ves sacrificios para la purificación, porque hay cosas que hacen impuro al ser humano y

que necesitan ser limpiadas. (Levítico 4; 12–15). Incluso cuando Isaías tiene una visión de Dios, su primera reacción no es correr hacia Él. Se da cuenta de quién es Dios... y de quién es él. (Isaías 6:1–7).

Así que cuanto más santo es Dios, más te das cuenta de que nosotros no lo somos.

Y así, poco a poco, empecé a imaginar la santidad como una especie de distancia.

Dios allí, perfecto. Nosotros aquí, imperfectos. No se pueden juntar.

Dios puro. Y nosotros intentando no mancharnos demasiado. Nos alejamos de ciertas personas, de ciertos lugares, de ciertas cosas... Nos mantenemos lo más limpios posible. Santos. Y cuanto más limpio consigues estar, más santo pareces.

El problema que veo es que **esa idea puede acabar haciendo algo extraño dentro de nosotros.** Podemos empezar a dividir el mundo.

Los que están dentro y los que están fuera. Los que hacen las cosas bien y los que las hacen mal. Los que parecen santos... y los demás.

Y, sin darnos cuenta, la santidad puede terminar pareciéndose demasiado a tener razón.

«Yo tenía razón. Tú te equivocaste».
¿Te suena?

Jesús dice:

«Por tanto, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» Mateo 5:48

Perfectos.

Blanco y en botella. Ahí está. Dios es perfecto y nosotros tenemos que intentar parecernos a esa perfección.

Pero espera, porque leo a Lucas y recoge una enseñanza muy parecida de Jesús:

«Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso.» Lucas 6:36

Mateo habla de ser perfectos. Lucas habla de ser misericordiosos.

¿Están vinculadas las dos cosas? Perfección… Misericordia…

¿Y si la perfección de Dios que Jesús nos está mostrando se parece a la misericordia?

Aquí me tengo que parar por un momento…

Si esto es así, ufff, la santidad empieza a tener otro rostro. Es mucho más hermosa de lo que yo había imaginado.

La Biblia también nos dice que Jesús es Santo. (Marcos 1:24; Hechos 3:14). Y, sin embargo, Jesús no parece utilizar su santidad para mantenerse lejos de las personas imperfectas.

Hace justamente lo contrario.

Se acerca. Toca. (Marcos 1:40–42). Come con ellas. (Lucas 5:29–32). Perdona. (Lucas 7:36–50).

Jesús no tiene miedo de contaminarse con nuestra imperfección.

Y quizá ahí está una de las cosas más hermosas que he empezado a descubrir sobre la santidad de Dios.

Su santidad no le aleja de nosotros. Su santidad es tan distinta de la nuestra que puede acercarse a nosotros sin miedo.

Y cuando Jesús se acerca, no llega diciendo: «Te lo dije».

Llega mostrando quién es Dios.

Misericordioso.

Ser santo no significa simplemente estar separado. Significa empezar a parecernos al Dios que vemos en Jesús.

Un Dios cuya perfección no se limita a tener siempre razón. Un Dios cuya santidad se mueve hacia nosotros con misericordia.

Vale, y ¿eso cómo se hace?

Durante mucho tiempo de mi vida he puesto el foco en aquello de lo que tengo que alejarme. Hay cosas que no forman parte de la vida que consideraba que Dios me llamaba a vivir.

Pero, hasta hace poco, cuanto más me acercaba a Jesús, el foco empezó a cambiar. La santidad ya no

tenía tanto que ver con alejarme, sino con acercarme. **Acercarme a Jesús y, con Él, acercarme a los demás.**

Sí, sí, he dicho acercar…

Porque podemos estar muy preocupados por mantenernos limpios y, al mismo tiempo, terminar alejándonos de las personas a las que Jesús se acercaría. Podemos tener razón y perder la misericordia. Podemos señalar el error de alguien y olvidar que nosotros también necesitamos gracia.

Así que, si hoy te sientes lejos de Dios porque has fallado, porque no has cumplido o porque sientes que no eres suficiente, vuelve a mirar a Jesús. Y si eres tú quien mantiene a otros a distancia porque no son perfectos, **vuelve a mirar a Jesús.**

Deja que Él se acerque a tu realidad. Porque **cuando Jesús se acerca, algo empieza a cambiar.** Cambia nuestra manera de mirar lo que vivimos y también nuestra manera de mirar a los demás.

Y espero que también cambie nuestra manera de mirar a Dios.

Quiero dejarte con un último pensamiento. Vuelve por un momento a Isaías.

«Santo, santo, santo…»

Eso es lo que provoca contemplar la santidad de Dios.

Asombro.

Quedarte mirando. Con la boca abierta.

Porque **cuando contemplas a Jesús, empiezas a descubrir algo que quizá no esperabas: la santidad no solo es pureza. Es belleza.**

Belleza en estado puro.

Y durante un momento, quizá, no necesitas entender nada más.

Solo mirar.

Y decir:
Wow.

Práctica para hoy

1. Piensa en alguien con quien te cuesta tener **misericordia.** Quizá alguien que ha tomado malas decisiones. Alguien que te ha decepcionado. O alguien de quien, sinceramente, piensas: «Se lo ha buscado». No tienes que negar lo que ha hecho. La misericordia no consiste en llamar bueno a lo malo.
2. Simplemente pon tu mirada en Jesús y **haz esta pregunta:** ¿Cómo mirarías, Jesús, a esta persona? Deja que la santidad de Jesús te envuelva y te lleve a ver a esta persona con nuevos ojos.
3. Después, si tienes la oportunidad, **haz algo** pequeño que refleje esa mirada. Escucha. Acércate. No juzgues tan rápido. Habla con más gracia. No como una prueba para demostrar que eres santo. Sino como una invitación a parecerte un poco más a Jesús.

Quizá hoy descubras que la santidad no solo cambia de qué te alejas.

También cambia hacia quién te acercas.

Oración

Jesús,

Gracias porque tu santidad no te mantuvo lejos de mí. Gracias porque te acercaste. Enséñame a conocerte mejor mirándote. A detenerme. A contemplarte. Y cuando tenga ganas de juzgar, de señalar o de sentirme mejor que otros, recuérdame la misericordia que yo también necesito. Haz que tu manera de amar vaya cambiando poco a poco la mía. Pero hoy, sobre todo, quiero simplemente mirarte. Quedarme un momento en silencio. Y contemplar quién eres.

Santo.
Santo.

Amén.

DÍA 3

Santidad

“Santidad: más cerca de lo que pensabas.”

Día

Generosidad

Conocí a mi mujer cuando el mundo empezaba a despertar después del COVID.

Y claro, cuando estás conociendo a esa persona maravillosa, haces esas pequeñas cosas que uno hace para intentar causar una buena impresión.

Elegir bien la ropa. Arreglarse un poco más. Y, por supuesto, colonia.

Bastante colonia.

Semanas después descubrí un detalle que habría agradecido saber antes: mi mujer había perdido el olfato durante el COVID.

Así que allí estaba yo, intentando oler especialmente bien para una mujer que no podía oler absolutamente nada.

Con los años ha ido recuperándolo poco a poco. Y todavía hay momentos en los que se detiene, sorprendida por algo tan sencillo como una flor, la lluvia o una comida, y pregunta: «Espera... ¿esto siempre olía así?»

Sí. Siempre.

El olor no había desaparecido. Simplemente, durante un tiempo, ella había dejado de poder percibirlo.

Y eso me hace pensar.

Imagínate vivir rodeado de cosas que están ahí... pero que ya no puedes percibir. No porque hayan desaparecido.

Más bien, porque tú has dejado de sentirlas.

¿Qué cosas podrían estar ahora mismo delante de nosotros y, sin embargo, haber desaparecido de nuestra conciencia?

Hay una historia en el Evangelio que comienza con diez hombres enfermos. Diez leprosos se encuentran con Jesús mientras Él camina hacia Jerusalén y, manteniéndose a distancia, gritan:

«¡Jesús, Maestro!, ¡Ten misericordia de nosotros!» Lucas 17:13

Jesús los escucha y les dice que vayan a presentarse ante los sacerdotes. Y entonces ocurre algo extraordinario. Lucas cuenta que, mientras iban de camino, los diez quedaron limpios.

«Sucedió que mientras iban, quedaron limpios.» Lucas 17:14

Todos, sí, los diez.

Diez personas que probablemente habían imaginado ese momento durante años. Diez personas que habían vivido apartadas de otros, cargando con una enfermedad que afectaba cada rincón de su vida. Y de repente, mientras caminan por aquel camino, descubren que están sanos.

¿Puedes imaginarte la carrera hacia casa? ¿Las familias? ¿Los abrazos? ¿Las lágrimas?

Pero Lucas continúa la historia con una frase extraña:

«Entonces uno de ellos, al ver que había sido sanado, se volvió glorificando a Dios en alta voz. Y cayó sobre su rostro a los pies de Jesús, dándole gracias.» Lucas 17:15-16

Uno volvió.
Y Jesús preguntó:

«¿No fueron diez los que quedaron limpios? Y los otros nueve, ¿dónde están?»
Lucas 17:17

Siempre me ha llamado la atención esa pregunta.
Porque los otros nueve también habían sido sanados.
No es que uno recibiera un milagro y los demás no.
Todos habían recibido. Pero solo uno volvió. Solo uno se detuvo.

Solo uno pareció despertar lo suficiente como para mirar lo que acababa de suceder y decir: **«esto es demasiado grande como para seguir caminando como si nada.»**

Generosidad...

Normalmente, cuando escucho esta palabra, pienso rápidamente en dar:

Mi dinero, mi tiempo, mis recursos…quizá te pase lo mismo.

Pero en ese momento me viene la pregunta de mi mujer «¿Esto siempre olía así?»

Y entonces pienso: generosidad me lleva casi siempre a lo que yo estoy dando, pero ¿qué pasa con lo que estoy recibiendo?

«Y plantó el Señor Dios un huerto hacia el oriente, en Edén; y puso allí al hombre que había formado. Y el Señor Dios hizo brotar de la tierra todo árbol agradable a la vista y bueno para comer.» Génesis 2:8-9

La Biblia no comienza presentándonos un mundo que los seres humanos tuvieron que fabricar para sobrevivir. Comienza con un jardín que ya estaba preparado. Antes de que Adán hiciera nada, había luz. Tierra. Árboles. Frutos. Animales. Agua.

La vida comenzó siendo recibida.

Y si miro a Jesús, descubro que esa generosidad no es simplemente una idea sobre Dios. Tiene rostro.

Jesús habla de un Padre que hace salir el sol «sobre malos y buenos» y llover «sobre justos e injustos» (Mateo 5:45). Habla de los pájaros que son alimentados y de los lirios vestidos con una belleza que supera la gloria de Salomón (Mateo 6:26-29).

Jesús mira el mundo como un lugar sostenido por la generosidad del Padre.

Hay una escena especialmente hermosa en la vida de Jesús. Después de una larga noche de pesca, Pedro y sus compañeros no han conseguido nada. Nada. Las redes vuelven vacías. Entonces Jesús les dice que vuelvan a echarlas. Y ocurre algo que cambia por completo la escena: la pesca es tan abundante que las redes empiezan a romperse (Lucas 5:4-7).

Pedro cae delante de Jesús. No parece saber muy bien qué hacer con tanta abundancia. Supongo que es una reacción bastante humana.

Sabemos qué hacer con lo que falta. Con el miedo. Con la necesidad. Pero ¿qué hacemos cuando descubrimos que hemos recibido más de lo que habíamos visto?

Eso es lo que Jesús nos revela constantemente.

No un Dios pequeño. No un Dios que entrega la vida con cuentagotas.

Jesús nos muestra al Padre que sale al encuentro del hijo que vuelve a casa y organiza una fiesta (Lucas 15:20-24). Al Padre que da buenos regalos a sus hijos (Mateo 7:11). Al pastor que busca a una oveja perdida hasta encontrarla (Lucas 15:4-6).

Y finalmente, Jesús mismo se convierte en la revelación más profunda de esa generosidad.

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito.» Juan 3:16

Dios da. Da la vida. Da el mundo. Da el pan. Da el sol. Da misericordia.

Y, en Jesús, se da a sí mismo.

Entonces, si Dios es y sigue siendo generoso... ¿qué nos ha pasado? ¿qué hace que dejemos de verlo? ¿qué “covid” nos ha quitado el olfato?

Quizá hay algo muy presente en nuestra manera de vivir que afecta a nuestra capacidad de percibir todo lo que hemos recibido. Hay algo que nos hace pensar que somos propietarios cuando, en realidad, somos receptores. Nos hace mirar lo que tenemos y decir: “mío, mío”.

Mi tiempo. Mi dinero. Mi casa. Mi vida. Mis capacidades.

La Biblia tiene una palabra para hablar de esa manera de colocarnos en el centro de nuestra propia historia: pecado, y en este caso más concreto, egoísmo. (Romanos 1:21–25; Filipenses 2:3–4; Génesis 3:5)

El egoísmo no solamente afecta a lo que hacemos con las cosas. Empieza afectando a cómo las vemos. Y, poco a poco, podemos olvidar que muchas de las cosas que llamamos «mías» fueron primero un regalo.

Pablo lo formula en una pregunta muy sencilla:

«¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» 1 Corintios 4:7

No significa que no trabajemos por las cosas, ni que nuestras decisiones no importen. Significa que, si retrocedemos lo suficientemente, descubrimos algo sorprendente.

No nos dimos la existencia. No fabricamos el mundo al despertarnos esta mañana. No creamos el aire que entró en nuestros pulmones. No inventamos el corazón que lleva toda la noche latiendo sin pedirnos permiso. Incluso las personas que amamos son un regalo que nunca pudimos controlar.

Y cuando empezamos a verlo, algo cambia.

Aparece la gratitud.

La gratitud nos devuelve a la realidad.

No es simplemente decir «gracias» porque los cristianos deberíamos ser agradecidos.
Es despertar. Es recuperar el olfato. Es detenernos delante de una flor, de una comida, de una conversación, de una persona querida, y preguntarnos:

«Espera... ¿todo esto me lo has dado Tú?»

Sí.

Pero habíamos dejado de percibirlo.

A mí me pasa más de lo que me gustaría reconocer. Hay días en los que tengo tantas cosas en la cabeza, tantas cosas que resolver, que puedo pasar por delante de un regalo sin verlo. Y no porque sea un mal día. Simplemente estoy demasiado acostumbrado a lo bueno que hay en mi vida.

Cada momento de existencia es gracia. Eso no significa que cada momento sea fácil. Hay dolor, pérdidas y preguntas que no sabemos responder (Habacuc 3:17–18). La gratitud que aprendemos de Jesús no nos obliga a fingir que todo está bien. Pero incluso en medio de un mundo herido, seguimos viviendo una vida que hemos recibido.

Todo es regalo. Todo.

El aire. El pan. Una carcajada inesperada. El cuerpo. El tiempo. La posibilidad de amar. Una mesa compartida. La luz entrando por una ventana.

Y, por encima de todo, Jesús.

La generosidad comienza allí donde antes de abrir nuestras manos, abrimos los ojos.

Porque cuando empiezas a descubrir que has recibido tanto, la vida deja de sentirse como una propiedad que tienes que defender constantemente. Y empieza a parecerse más a un regalo que puedes sostener con las manos abiertas.

Y solo entonces, quizá, **dar deja de ser únicamente una obligación y se convierte en una respuesta.**

Práctica para hoy

1. Hoy **prueba algo sencillo.** Durante unos minutos, **camina más despacio.** No busques una gran experiencia espiritual. Mira. De verdad, mira. Elige algo que normalmente das por sentado y detente ante ello. Una persona. El agua. La comida. La luz. Tu propia respiración.
2. **Hazte la pregunta** que mi mujer hace a veces cuando descubre de nuevo un olor: **«Espera... ¿esto siempre olía así?»**
3. Después, simplemente **da gracias.**

Quizá hoy descubras que Dios no ha empezado a ser más generoso. Mi esperanza es que descubras que siempre lo ha sido.

Y que nosotros simplemente estamos recuperando el olfato.

Oración

Padre, despiértame.

He vivido rodeado de regalos y muchas veces he dejado de verlos. He dado por sentado cosas que nunca fabriqué y he llamado «mío» a aquello que primero recibí.

Gracias por la vida. Gracias por este mundo. Gracias por las personas que amo.

Y gracias por Jesús, el regalo que me muestra hasta dónde llega tu generosidad.

Ayúdame hoy a recuperar el olfato. A mirar. A maravillarme.

Y a volver a decir: gracias.

Amén.

DÍA 4

Generosidad

“Despierta: estás viviendo en medio de regalos.”

Día

La Trinidad

Para los que no me conocen, soy holandés. Y en mi cultura, digamos que el baile no es precisamente una parte esencial del día a día. Es decir, nadie me enseñó a bailar.

A lo largo de mi vida he ido a fiestas, bodas, discotecas… y he hecho lo que sabemos hacer muy bien algunos: quedarme cerca de la barra, apoyado en una pared, observando cómo el resto hacía eso que, aparentemente, todo el mundo sabía hacer. Bailar.

Yo miraba. Ellos bailaban. Y así hemos convivido durante años sin molestarnos demasiado.

Pero entonces me casé con mi bellísima mujer y algo completamente ajeno a mi cultura entró en mi casa. Sí. El baile.

Y algunos estaréis pensando: «¿Tu mujer trabaja en una discoteca?». Noooo.

Mi mujer es latina. Y no creo que tenga que explicaros demasiado. Los latinos parecen nacer bailando. Aquí decimos que lo llevan en la sangre. Yo sospecho que, en algún momento del embarazo, alguien les pone música.

Mientras yo necesito una reunión previa, instrucciones, quizá un PowerPoint y unas tres semanas para prepararme mentalmente antes de mover una pierna, mi mujer escucha tres segundos de música y su cuerpo ya sabe exactamente qué hacer.

Desde el principio me decía: «Suéltate. Déjate llevar. Sígueme. Confía en mí, yo te llevo».

Palabras sencillas. Pero para alguien como yo, tocaban un lugar bastante incómodo.

Porque yo quería saber los pasos antes de empezar. Quería asegurarme de que no iba a hacer el ridículo. Quería tener un poco de control sobre la situación.

Sin embargo, mi mujer me ha enseñado algo que, poco a poco, estoy empezando a entender. El baile no se aprende mirando desde una pared. Se aprende dentro del baile. Se vive bailando.

Y cuando por fin dejas de analizar cada paso y te unes a la conga, algo cambia. La vergüenza empieza a desaparecer. Le das la mano a la persona que tienes delante. Alguien te sigue. Tú sigues a alguien. Y, sin saber muy bien cómo, algo empieza a fluir.

No porque de repente te hayas convertido en un experto. Sino porque has dejado de mirar desde fuera.

Y has entrado.

Quizá tú sí sabes bailar.

¡Enhorabuena! Algunos hemos tenido que aceptar nuestras limitaciones, jeje.

Pero, fuera de bromas… probablemente conoces esa sensación de querer acercarte, querer formar parte de algo, y acabar quedándote al margen, en la “barra”, porque algo te frena.

Queremos amar, ser conocidos, pertenecer, tener relaciones profundas. El problema es que acercarse significa exponerse.

Amar significa que puedes salir herido. Confiar implica soltar un poco el control.

Así que buscamos nuestra propia "barra". Un lugar desde el que mirar sin tener que entrar del todo. Estamos cerca, aunque protegidos. Y muchas veces nuestras heridas nos han enseñado que es mejor mantener esa distancia: controlar los pasos, tener razón, ganar, asegurarnos de que nadie vuelva a hacernos daño.

Y así, poco a poco, sin darnos cuenta, sucede algo extraño: queremos comunión, pero terminamos protegiéndonos de ella.

«Mas no ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno. Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo sepa que tú me enviaste, y que los amaste tal como me has amado a mí.»

Juan 17:20-23

Detente por un momento y vuelve a leer: «Que también ellos estén en nosotros».

Jesús está hablando de una comunión que no comienza con nosotros.

Antes de nuestras relaciones, de nuestras heridas, de nuestros miedos, de nuestras discusiones sobre quién

tiene razón. Antes de que existiera el mundo. Ya había relación.

Antes de que alguien pudiera sentirse solo, de que existiera una primera persona intentando aprender a amar a otra, ya existía comunión, ya existía amor. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No tres seres separados intentando llevarse bien. No tres individuos que decidieron colaborar.

La comunión está en el corazón mismo de Dios.

Yo siempre he pensado que la relación aparece después. Primero existimos nosotros, como individuos, y luego decidimos relacionarnos.

Primero yo. Después tú.

La Trinidad nos muestra otra realidad.

Antes de todo, estaba la relación.

El amor no es simplemente algo bonito que Dios hace. La comunión no es una idea secundaria. Estaba allí antes de nosotros, como una danza que ya estaba ocurriendo mucho antes de que escucháramos la música.

Y quizá por eso siento tan profundamente la soledad. Incluso rodeado de personas, algo dentro de mi sigue buscando pertenecer.

Fuimos creados para la comunión, pero vivimos en un mundo de separación. Yo contra ti. Mi opinión contra la tuya. Mi necesidad contra la

tuya. Mi miedo intentando protegerme de ti.

Queremos tener razón. Ganar. Dominar. Controlar. Y sin darnos cuenta, las personas que tenemos delante dejan de ser alguien a quien amar. Se convierten en alguien contra quien defendernos.

Desde la “barra” puedo protegerme de muchas cosas. Pero no puedo bailar.

Jesús no viene a enseñarnos los pasos desde fuera.

No me dice: «Mira bien cómo nos relacionamos y haz lo mismo».

Hace algo mucho más sorprendente. «Que también ellos estén en nosotros».

La invitación es entrar en la danza.

No tengo que crear la comunión. No tengo que construir un camino hasta Dios, ni convertirme en una persona suficientemente buena, espiritual o perfecta para ganarte un lugar.

La danza ya estaba. El amor ya estaba. La comunión ya existía.

Lo sé, cada vez que lo pienso, mi cabeza da vueltas, porque me cuesta entenderlo. Es una realidad que no es fácil de asimilar.

Pero cuando miro a mi vida, me he dado cuenta de algo que sí que puedo entender: Jesús viene a buscarme donde tantas veces he decidido quedarme: en mi “barra”, apoyado contra mi pared, con los brazos cruzados, mirando y protegiéndome.

Y extiende la mano y me dice:

«Suéltate. Confía. Sígueme. Déjate llevar».
«No tienes que saber todos los pasos. Yo te llevo».

Hay un momento precioso al comienzo de la vida pública de Jesús.

«Después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente; y he aquí, los cielos se abrieron, y él vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y venía sobre Él. Y he aquí, se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.» Mateo 3:16-17

Jesús está allí. El Hijo en el agua. El Espíritu descendiendo. La voz del Padre llamándolo amado. Y todo ocurre antes de que Jesús haga un milagro. Antes de predicar a las multitudes. Antes de sanar a nadie. Antes de demostrar nada.

Jesús empieza desde el amor. Desde la comunión.

Su vida no es el intento desesperado de conseguir el amor del Padre. Vive sabiendo que ya es amado. Y durante toda su vida nos deja ver esa relación.

«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.»
Juan 14:9

Jesús nos muestra al Padre. Y después promete el Espíritu.

«Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre.» Juan 14:16

El Padre. El Hijo. El Espíritu.

No como una fórmula que tenemos que resolver, sino como una vida que se mueve. Una comunión que ama, da, recibe y se entrega.

Y Jesús hace algo todavía más increíble: me invita a participar, y a ti también.

《Permaneced en mí, y yo en vosotros.》
Juan 15:4

Permaneced. No observad. No analizad desde lejos. No intentéis entender primero todos los pasos.

Permaneced. Vivir desde dentro.

La pregunta ya no es si sabes bailar.

La pregunta es: ¿Dónde está tu “barra”?

¿En qué relación estás mirando desde lejos? ¿Con quién necesitas tener razón? ¿Dónde estás intentando ganar? ¿Qué herida te ha convencido de que es más seguro mantener la distancia?

No se trata de sentir culpa por las paredes que has construido. Algunas te ayudaron a sobrevivir. Pero una casa construida para protegerte de una tormenta puede terminar convirtiéndose en una prisión si nunca vuelves a abrir la puerta.

Jesús no viene a avergonzarte por estar apoyado contra la pared.

Se acerca. Te encuentra allí. Y te extiende la mano.

> **Fuimos creados para algo más que sobrevivir solos. Fuimos creados para amar y ser amados. Para recibir y dar. Para pertenecer.**

La vida cambia cuando dejamos de vivir como espectadores.

La Trinidad nos revela que, en el corazón de todo, no hay soledad.

Hay comunión. Hay amor que se da y se recibe.

Y Jesús nos invita a vivir desde esa realidad. No desde la “barra”.

Desde dentro de la danza.

Práctica para hoy

Hoy, cuando algo te saque de tu paz —una discusión, una preocupación, una herida, una situación que te haga querer controlar—, detente un momento. No intentes solucionarlo inmediatamente. No prepares tu defensa. No busques ganar.

1. **Haz una pausa y recuerda:** no estás solo en esta realidad. Antes de que apareciera este problema, ya existía una comunión. El Padre, el Hijo y el Espíritu siguen siendo comunión. El amor sigue siendo la realidad más profunda. La danza no se ha detenido porque tu día se haya complicado.
2. **Respira. Y pregúntate:** ¿Cómo cambiaría esta situación si, en vez de responder desde mi miedo o mi necesidad de controlar, dejara que el amor y la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu marcaran mis pasos?

No fuerces una respuesta. Quédate un momento ahí. La práctica no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dejar que la realidad de la comunión cambie desde dónde estás viviendo lo que tienes delante.

Y después, da el siguiente paso.

Oración

Padre,

Tantas veces he vivido desde la “barra”. He querido protegerme, tener el control, tener razón y asegurarme de no salir herido. Y, sin darme cuenta, me he quedado fuera del baile.

Gracias porque no tengo que ganarme un lugar contigo. Gracias porque en Jesús me invitas a entrar en la comunión de tu amor, y porque tu Espíritu sigue acercándome a ella.

Enséñame a confiar en ese amor. A dejar de intentar controlar los pasos y aprender a seguirlos. A recibir amor y dejar que ese amor transforme la manera en que vivo, amo y me relaciono con los demás.

Cuando el miedo quiera volver a llevarme a la "barra", recuérdame que el baile ya estaba sucediendo. Que no tengo que crearlo ni controlarlo. Solo aprender, poco a poco, a vivir dentro de tu comunión.

Y cuando olvide todo esto, ven a buscarme y llévame de nuevo a ti.

Amén.

DÍA 5

La Trinidad

Día

Espíritu Santo

Respira. Hazlo ahora mismo.

Inspira. El aire entra. Suelta. Y vuelve a entrar.

Perfecto. Acabas de hacer algo bastante impresionante: seguir vivo. Y lo mejor es que no has tenido que pensar demasiado. Nadie te ha explicado esta mañana cómo se hace. El aire estaba contigo desde que abriste los ojos. Estaba antes de que te levantaras de la cama y seguirá ahí cuando esta noche te quedes dormido.

Y tú, simplemente, tienes que respirar. Llevas toda la vida haciéndolo y probablemente no has pensado en ello ni una sola vez durante el último minuto. Ha estado ahí todo el tiempo. Dentro de nosotros. Entre nosotros. Entrando y saliendo continuamente. No lo vemos. No podemos agarrarlo. Y, sin embargo, vivimos de él.

Qué curioso que algo tan cerca de nosotros pueda pasar tan fácilmente desapercibido. No porque haya desaparecido, sino precisamente porque forma parte de nuestra vida de una manera tan constante que ya no reparamos en él.

Quizá con Dios nos pasa algo parecido.

Hablamos de buscar a Dios, de acercarnos a Dios, de sentir su presencia. Y está bien. Todos hemos utilizado alguna vez esas palabras. **Pero ¿y si la pregunta no fuera cómo conseguir acercarnos más? ¿Y si el problema fuera que hemos dejado de ser conscientes de que ya está aquí?**

En el principio de la Biblia encontramos una imagen

muy sencilla:

«Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.» Génesis 1:2

El Espíritu de Dios se mueve.

La palabra que aparece aquí en hebreo es “ruaj”. Una palabra que puede hablar del viento, del aliento o del espíritu. Viento que se mueve. Aliento que da vida. Espíritu de Dios.

La encontramos también en Job:

«El Espíritu de Dios me ha hecho, y el aliento del Todopoderoso me da vida.» Job 33:4

Y en la visión de Ezequiel, cuando Dios le pide profetizar a un valle lleno de huesos secos:

«Ven de los cuatro vientos, oh espíritu, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.» Ezequiel 37:9

Ruaj: viento, aliento, espíritu. Las tres imágenes apuntan hacia algo muy sencillo: la vida.

Génesis lo cuenta de una manera todavía más íntima. Dios forma al ser humano del polvo y después sopla en su nariz:

«Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente.» Génesis 2:7

Dios sopla y el polvo vive. Es decir, la vida que tenemos no nos la hemos dado nosotros. La hemos recibido.

Hoy quiero invitarte a cambiar un poco la manera de pensar en el Espíritu Santo, si nunca lo habías visto así.

Cuando hablamos del Espíritu, fácilmente pensamos en algo que ocurre de vez en cuando: una experiencia en un culto, una sensación especial, un momento en el que sentimos que Dios está cerca. **Pero la Biblia utiliza una imagen mucho más cotidiana: el aliento. Algo que está tan cerca de nosotros que apenas lo notamos.** Algo que no vemos y, sin embargo, sostiene nuestra vida.

Y Jesús utiliza precisamente ese lenguaje después de la resurrección.

Los discípulos están juntos. Todo lo que habían imaginado se ha roto. Y Jesús aparece delante de ellos. El resucitado. Después de hablarles de paz y de enviarles, hace algo inesperado:

> **«Jesús entonces les dijo otra vez: Paz a vosotros; como el Padre me ha enviado, así también yo os envío. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.» Juan 20:21-22**

Jesús sopla sobre ellos y les dice: «Recibid el Espíritu Santo». Me encanta ese "recibid". No tienen que perseguir al Espíritu ni alcanzar una experiencia especial. No tienen que hacer nada extraordinario para que Dios llegue hasta ellos. Jesús sopla y ellos reciben.

De alguna manera, aquella imagen del aliento, “ruaj”, que aparece desde el principio de la historia bíblica vuelve a aparecer aquí, después de la resurrección.

Jesus nos abre a otra manera de mirar al Espíritu Santo.

> **No necesitamos conseguir que Dios esté presente, sino aprender a reconocer que ya está presente.**

Porque Dios no está esperando al otro lado de nuestra vida para que consigamos llegar hasta Él. Está aquí. Dentro de nosotros, alrededor de nosotros, en medio de nuestra vida. Ahora mismo. Mientras lees estas palabras. Mientras respiras.

Y cuando somos conscientes de ello, algo empieza a cambiar. Más bien, todo cambia.

Absolutamente todo.

A mí me ayuda pensarlo de otra manera. Como cuando camino de la mano de alguien. Puedo ir a su lado, pensando en mis cosas, preocupado por lo que tengo delante, incluso mirando hacia otro lado. Esa persona sigue ahí. Su mano también. Pero cuando extiendo la mía y la agarro, algo cambia. Mhhh, sí, algo cambia…

El camino sigue siendo el mismo. La calle, la distancia, lo que me espera al llegar a casa… todo sigue ahí. Pero yo ya no lo estoy recorriendo de la misma manera. Voy de la mano. Y eso, para mí, lo cambia todo. Ya no estoy caminando solo.

Eso es lo que empieza a significar para mí vivir en el

Espíritu. No vivir intentando conseguir que Dios entre en mi vida. **Vivir consciente de que ya estoy dentro de la vida de Dios.**

Piénsalo bien, especialmente cuando las cosas se complican. Una conversación difícil. Una decisión que no sabes cómo tomar. Un problema con uno de tus hijos. Una enfermedad de alguien que quieres. Una relación que se ha complicado. Una preocupación que vuelve cada noche cuando apagas la luz.

Nada de eso desaparece simplemente porque recordemos que Dios está presente. Pero hay una diferencia enorme entre atravesarlo solo y atravesarlo sabiendo que no estás solo. Atravesarlo de su mano.

Puedes respirar y recordar. Puedes extender la mano y agarrar la suya.

No porque acabes de conseguir que Dios aparezca.

La mano ya estaba ahí. Su aliento ya estaba allí.

Por eso me gusta tanto la palabra que utiliza Jesús: «Recibid». Hay algo que ya se nos está dando. Algo que no tenemos que fabricar, que no depende de que hoy tengamos una fe especialmente fuerte o de que nos sintamos especialmente cerca de Dios.

El Espíritu está.

Y cuando despierto a esa realidad, empiezo a mirar de otra manera. ¿Cómo miro este problema si no estoy solo? ¿Cómo miro este miedo si la presencia de Dios ya está aquí? ¿Cómo miro a esa persona que me cuesta tanto si camino acompañado?

¿Cómo miro mis propios errores si Dios no se ha marchado cuando yo he fallado?

La pregunta empieza a cambiar. Ya no es solamente:

«¿Cómo puedo sentir más a Dios?»

Quizá sea:

«Si Dios ya está aquí, ¿cómo cambia eso la manera en que miro mi vida?»

Porque cuando cambia el lugar desde el que miramos, empieza a cambiar también lo que vemos.

Y esto no significa que vayamos a sentir algo especial cada vez que respiremos. Habrá días en los que sentiremos mucho, como cuando hueles esa flor que tanto te gusta o alguien pasa a tu lado con esa colonia. Mhhh… ese olor hace que respirar sea otra cosa. Y habrá días en los que no sentiremos nada. No hace falta. El Espíritu de Dios no depende de nuestro estado de ánimo.

La invitación es más sencilla: despertar a esa presencia y empezar a reconocerla en medio de lo más normal. La vida que respiramos es recibida.

> **Dios no está lejos. Su Espíritu no aparece solamente en nuestros momentos extraordinarios.**

Ahora mismo puedes volver a respirar. Hazlo despacio. Inspira y, mientras lo haces, piensa simplemente: recibo. Suelta el aire: confío.

Otra vez.

No intentes sentir nada especial. Solo recuerda: el Espíritu de Dios está aquí.

Y quizá puedas imaginar que extiendes la mano. No para encontrar a Dios.

La mano ya estaba ahí. Solo tienes que agarrarla. Y seguir caminando.

Oración

Jesús,

Gracias porque no tengo que encontrarte lejos. Gracias porque puedo recibir.

Ayúdame a despertar a tu presencia en medio de mi vida. Cuando estoy tranquilo y cuando tengo miedo. Cuando sé qué hacer y cuando no tengo ni idea.

Que hoy pueda respirar y, en cada respiración, recordar que estoy contigo y tú en mí.

Que pueda extender mi mano y agarrar la tuya. Y caminar contigo.

Amén.

DÍA 6

Espíritu Santo

“Cada vez que respiras, recuerda: la vida ya está aquí.”

Día

La Palabra

Últimamente, cuando salgo a cenar fuera, se repite delante de mí una escena con una frecuencia cada vez mayor. Y tengo que ser sincero con vosotros: todavía tengo que frotarme los ojos porque, a veces, no puedo creer lo que estoy viendo.

Dos personas sentadas frente a frente. Están a menos de un metro. Podrían mirarse a los ojos. Podrían escucharse respirar. Podrían reírse de algo que acaba de pasar. Podrían tocarse la mano. Están tan cerca que casi podrían susurrarse al oído.

Pero sus rostros están iluminados. No por lo que está pasando entre ellos, sino por algo que tienen delante.

Están escribiéndose. Están leyéndose...

Una pantalla entre los dos.

Texto. Letras. Frases.

Y es entonces cuando pienso: **¿para qué necesitas un mensaje cuando tienes delante a la persona que te lo está enviando?**

Sé que puedo parecer un poco anticuado. Soy de otra generación. Y mira que lo intento. Intento entender cómo cambian nuestras formas de comunicarnos, cómo evolucionamos, cómo aparecen nuevas maneras de relacionarnos. Y claro que se puede conocer a alguien a través de lo que escribe. Un mensaje puede decir muchísimo de una persona. Puede contarte lo que siente, lo que piensa, lo que quiere decir e incluso aquello que no se atreve a decir cara a cara.

Pero hay algo que el texto no puede sustituir: a la persona.

Porque cuando tienes a alguien delante, quieres algo más que sus palabras. Quieres su voz, sus ojos, su risa. Quieres poder tocarle. Quieres estar con él.

Y eso me hace a veces pensar en los primeros cristianos.

¿Qué pensarían al vernos leer la Biblia? ¿Nos mirarían como yo miro a esas personas en el restaurante? Allí estamos, discutiendo sobre su significado, defendiendo «la Palabra» por encima de todo, inspirándonos con sus mensajes, pero también separándonos por nuestras interpretaciones...

No me malinterpretes. Sé que la Biblia no es el móvil, ni mucho menos. Y los primeros cristianos también leían e interpretaban las Escrituras. Jesús mismo lo hacía. Leían el Tanaj: la Torá, los Profetas y los Escritos. Lo que conocemos como el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento todavía ni siquiera se había escrito.

Pero ellos conocieron, anduvieron, hablaron, tocaron, sintieron en primera persona al Verbo, a la Palabra hecha carne.

Quizá pensarían: «¿Cómo podéis estar todo el día pegados al texto, si tenéis a Jesús mismo delante?»

Vuelvo a decirte: no me malinterpretes. Quédate conmigo hasta el final.

Creo que aquí tenemos que reconocer algo.

Nosotros también podemos hacerlo. Yo, lo hago.

> **Puedo pasar mucho tiempo leyendo sobre Dios y, sin darme cuenta, perder de vista a Dios.**

Puedo conocer historias, memorizar versículos, aprender palabras, discutir interpretaciones, saber qué dice un texto y qué dice otro... y aun así no encontrarme con Jesús.

Esto resulta especialmente llamativo, porque fue el propio Jesús quien habló de ello. En una ocasión, Jesús estaba hablando con personas que conocían muy bien las Escrituras. Las estudiaban, las discutían y las tomaban en serio. Precisamente a ellas les dijo:

> **«Examináis las Escrituras porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.»**
> **Juan 5:39-40**

Hay algo que me llama mucho la atención en estas palabras. Jesús no está diciendo que dejemos de leer las Escrituras. Dice que «ellas dan testimonio de mí»

El problema puede aparecer cuando me quedo en el testimonio y no llego hasta aquel de quien habla. Puedo leer un texto y no llegar a la persona.

> **Puedo saber mucho acerca de Jesús sin llegar a conocer a Jesús.**

La Biblia nos habla de Dios. Nos cuenta su historia con Israel. Conserva sus promesas, sus palabras, sus encuentros con hombres y mujeres reales.

Nos confronta, nos consuela, nos inspira, nos enseña. Todo eso importa.

La Biblia es Palabra de Dios porque nos conduce a la Palabra de Dios.

Si, lo vuelvo a decir:

La Biblia es Palabra de Dios porque nos conduce a la Palabra de Dios.

Y la Palabra de Dios tiene un nombre: Jesús.

Juan comienza su Evangelio precisamente ahí:

> **«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.»**
> **Juan 1:1**

Unos versículos después escribe:

> **«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» Juan 1:14**

La Palabra se hizo carne. Caminó por caminos polvorientos. Se sentó a la mesa con personas. Tocó a los enfermos. Lloró. Escuchó. Perdonó. Amó.

La Palabra tenía un rostro.

Por eso, conocer a Jesús, como digo siempre, lo ha cambiado todo, hasta mi manera de leer.

Si quiero entender cómo es Dios, miro a Jesús. Si quiero comprender la justicia de Dios, miro a Jesús.

Si quiero saber cómo es el amor de Dios, miro a Jesús.

Su vida se convierte en nuestra referencia. **Jesús es la referencia.**

Durante mucho tiempo he leído la Biblia porque había que tener un devocional, para pasar un tiempo con Dios y conocer más de EL. Y eso está bien, muy bien.

Sin embargo, con el tiempo he empezado a descubrir algo diferente.

Hay una manera de leer en la que terminas el capítulo y sabes un poco más. Y hay otra en la que terminas de leer y sientes que alguien te ha vuelto a encontrar.

Una historia que ya conocías adquiere otra profundidad. Una frase que habías leído cien veces se ilumina de repente. Un personaje que antes mirabas desde lejos empieza a parecerse a ti. Una palabra de Jesús se queda contigo durante todo el día.

Uff, no has aprendido solamente algo. **Te has encontrado con alguien.**

Justamente eso es lo que empezó a cambiar mi manera de leer la Biblia. Ya no buscaba solamente respuestas. Empecé a buscar a Jesús. A reconocerle en las historias. A escuchar su voz en sus palabras. A descubrir su manera de mirar a las personas. A encontrar el Reino que anunciaba. A ver una y otra vez ese amor que no se queda en una idea, sino que se acerca, toca, perdona, restaura y da vida.

La Escritura empezó a dejar de ser solamente un lugar al que acudía para saber cosas sobre Dios.

Se convirtió en un lugar donde podía encontrarme con Dios.

Y cuando empiezas a buscar a Jesús de esa manera, algo comienza a cambiar también fuera de las páginas.

Cambias tú. Cambian tus preguntas. Cambia la manera en que miras a quien tienes delante. La persona que antes te molestaba empieza a tener un rostro. El que piensa diferente deja de ser simplemente «el otro». El que está herido ya no es un problema que resolver.

Empiezas a mirar un poco más como él.

Eso es lo que hace la Palabra cuando nos lleva a Jesús. No nos deja encerrados en un libro. Nos devuelve a la vida. A la mesa. A las personas. A nosotros mismos. A Dios.

Hay una escena en la que podemos ver algo de todo esto.

Jesús entra en la sinagoga y le entregan el libro del profeta Isaías. Lo abre y lee:

> **«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del Señor.» Lucas 4:18-19**

Jesús está leyendo las Escrituras. Las palabras están delante de todos. Luego cierra el libro y dice:

«Hoy se ha cumplido esta Escritura que habéis oído.» Lucas 4:21

La Escritura estaba apuntando hacia Él y ahora Él está allí.

Quizá por eso esta escena me resulta tan hermosa. **Jesús no nos invita a quedarnos mirando las palabras, nos invita a descubrir aquello hacia lo que apuntan.**

La Palabra escrita nos lleva a la Palabra viva.

Y cuando llegamos a Él, algo empieza a suceder.

La Biblia vuelve a nuestras manos, pero ahora la leemos desde una relación.

Ya no buscamos solamente información sobre Dios. Buscamos conocerle.

Quizá hoy la pregunta no sea cuánto sé de la Biblia, sino **a quién encuentro cuando la leo.**

Porque la Escritura puede llevarme hasta Jesús, pero necesito levantar la mirada para reconocerle y dejar que vuelva a ocupar el centro.

Tal vez eso sea lo que necesitamos recuperar: **abrir la Biblia no solamente para aprender algo nuevo, sino para encontrarnos de nuevo con aquel que nos amó primero.** Para escuchar su voz, reconocer su manera de mirar y dejar que ese encuentro vaya transformando nuestra manera de vivir.

Recuerda, cuando la Palabra nos lleva a Jesús, no terminamos con más información.

Terminamos con más vida.

Y esa vida sale de las páginas y llega a nuestra mesa, a nuestras conversaciones, a nuestra familia, a la persona que tenemos delante.

Práctica para hoy

Hoy quiero proponerte algo muy sencillo.

1. Cuando leas la Biblia, antes de preguntarte solamente «¿qué tengo que hacer con esto?», **haz una pausa y pregunta: ¿Qué me está mostrando este texto acerca de Jesús?** Mira cómo ama. Cómo mira a las personas. Cómo trata al que está lejos. Cómo habla del Padre. Cómo anuncia el Reino.
2. Si encuentras un texto que te cuesta encajar con Jesús, no tengas prisa por resolverlo. Quédate ahí. **Pregunta. Investiga. Escucha.**
3. Puedes terminar con una oración muy sencilla: **«Jesús, enséñame a leer esto contigo.»** No es un examen. Es una invitación a levantar la mirada.

Oración

Jesús,

Enséñame a leerte.

A veces me quedo tanto tiempo mirando las palabras que olvido hacia dónde apuntan. Quiero conocer las Escrituras, pero sobre todo quiero conocerte a ti. Enséñame a leer desde tu amor, desde tu justicia y desde tu manera de mirar a las personas. Cuando no entienda algo, dame libertad para seguir buscando sin alejarme de ti.

Amén.

DÍA 7

La Palabra

“No te quedes mirando el mensaje. Ve al encuentro de Jesús.”

Día

Familia

Soy hijo de pastor, es decir, he nacido en la iglesia y durante mis 48 años he visto entrar y salir a muchas personas. Mi padre tiene fotos de los miembros de cuando yo era pequeño. Esas personas ya no están en mi vida. Algunas murieron, otras simplemente se marcharon y otras siguen allí, pero nosotros ya no estamos.

Mi padre fundó varias iglesias y con ello nuestra casa también fue cambiando. Nuevas iglesias, nuevas personas, nuevas caras. Los de antes ya no están y los de ahora son nuevos. Y con cada cambio, también cambiaba mi sensación de pertenencia, de dónde estaba realmente mi casa, de qué significaba para mí decir «aquí pertenezco».

En mi familia pasa algo parecido. Dos de los cuatro hermanos nos hemos divorciado. Fue un trauma muy bestia para la familia. Si miras las fotos de hace 20 años, ya no nos representan; es como si estuvieras viendo otra familia. Ahora hay nuevos miembros, nuevas caras, las otras se marcharon, pero, de alguna manera, seguimos siendo nosotros.

Cuando me pidieron escribir sobre este tema, si os soy sincero, algo se revolvió por dentro.

Familia... ¿qué significa eso?

Seguro que alguno que esté leyendo mis palabras dirá que estoy exagerando, que la cosa es muy sencilla: la familia es donde está tu hogar, donde están aquellos que amas, donde están los que comen a tu mesa.

Sí, es una definición muy reconfortante, y me gusta. Me siento identificado.

Pero ¿qué pasa con aquellos que han sido criados por los abuelos, aquellos que han sido adoptados, las familias monoparentales, los divorciados, las personas que han perdido a algún miembro o aquellos que nunca han sentido que pertenecían? ¿Y los extranjeros que han dejado a su familia atrás?

Hablar de familia es hablar de pertenencia. Es hablar de algo mucho más profundo que estar en un sitio. Puedes estar sentado en una iglesia y no sentir que perteneces. Puedes compartir apellido con alguien y sentirte completamente lejos. Puedes vivir durante años en una ciudad y seguir sintiéndote extranjero.

Durante muchos años he pensado que pertenecer tenía que ver con encontrar mi sitio. La iglesia en la que crecí, la familia que me había tocado, las personas con las que compartía mi vida. Como si, en algún momento, uno pudiera llegar a ese lugar y decir: «Ya está. Esta es mi casa».

Pero mi propia historia me ha enseñado que las cosas no funcionan así. **Las iglesias cambian. Las personas se van. Las familias cambian. Las fotografías dejan de contar exactamente la misma historia.**

En mi caso, mi propia familia también ha cambiado. Una parte de la familia que construí durante muchos años se rompió, y con el tiempo apareció una nueva familia, nuevas personas, nuevas relaciones que ahora también forman parte de mi vida. Y hoy puedo decir algo que durante mucho tiempo no sabía si podría decir: estoy en casa.

Mi nueva familia es bella. Es un lugar lleno de nuevas

esperanzas, un verdadero regalo. Y lo mismo me ocurre con Amistad Cristiana. Cuando llegué hace cinco años hubo algo dentro de mí que dijo: «Este es mi hogar». Otro regalo.

He vivido divisiones, divorcio, separación. He tenido que empezar de nuevo en algunos lugares. Y ahora estoy en casa.

Pero mientras escribo esto pienso en quienes todavía no pueden decirlo. En quienes se han quedado solos. En quienes fueron echados de algún lugar. En quienes llevan años buscando y todavía no encuentran. En quienes quieren pertenecer, pero están tan heridos por su pasado que la palabra familia pesa.

¿Dónde está su casa?

¿Dónde está la mesa a la que pueden sentarse sin tener que demostrar que merecen estar?

Porque todos buscamos alguna mesa. Una familia. Una iglesia. Un grupo de amigos. Un lugar donde alguien nos conozca y pueda decir: «Tú eres de los nuestros».

Y ahí es donde nuestra búsqueda de pertenencia puede complicarse. Porque **cuando encontramos una mesa, también podemos empezar a pensar que nuestra mesa es la mesa correcta.** Y, casi sin darnos cuenta, aparecen otras mesas.

Los de aquí y los de allí. Los nuestros y los otros. Los que pertenecen y los que no.

No hace falta que nadie diga nada. A veces basta con

una mirada, una etiqueta, una silla que no acercamos.

Vuelve a Lucas 19, a la historia de Zaqueo.
Zaqueo estaba buscando algo. Se subió a un árbol para ver pasar a Jesús. No sabemos exactamente qué esperaba encontrar aquel día, pero sabemos lo que ocurrió.

Jesús se detuvo. Lo miró. Y le dijo:

«Zaqueo, date prisa y desciende, porque hoy debo quedarme en tu casa.» Lucas 19:5

Me encanta esta escena. Porque Jesús no le dice: «Ven conmigo a otra mesa». No le dice: «Cuando hayas cambiado, cuando hayas demostrado que eres digno, entonces podrás sentarte con nosotros».

Jesús quiere entrar en su casa. Quiere sentarse en su mesa.

Y eso provoca un escándalo.

Porque hay personas que piensan que Zaqueo no debería estar dentro. Para ellos, aquella no era una mesa para él.

Pero Jesús entra.

Y ahora, cuando leo esta historia desde mi propia experiencia, la veo de otra manera.

Durante años he buscado mesas. Lugares donde sentir que pertenezco. Personas con las que compartir la vida. Iglesias que pudieran ser mi casa.

Sin embargo, Jesús parece decirme algo distinto.

«Déjame entrar en tu casa. No te estoy llevando a otra mesa para que vuelvas a demostrar que perteneces. Quiero sentarme contigo en la tuya».

No sé qué historia traes tú. No sé cuántas mesas has perdido, de cuántas te has marchado o de cuántas te han echado. No sé si ahora mismo estás rodeado de gente y te sientes completamente solo. Pero sí sé algo.

Jesús sigue acercándose.

Te invito a leer Efesios, donde Pablo nos ayuda a descubrir que lo que ocurrió en casa de Zaqueo no era solamente una historia bonita sobre un hombre al que Jesús aceptó.

Había algo mucho más grande detrás.

Pablo habla de personas que estaban lejos y otras que estaban cerca. De personas que pertenecían y de personas que eran extranjeras, extrañas, ajenas a las promesas.

Y escribe:

«Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros, que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Porque Él mismo es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne la enemistad, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un nuevo hombre, estableciendo así la paz.»
Efesios 2:13-15

Podría desengranar la teología que hay detrás de estas palabras. Podría explicar quiénes eran los gentiles, quiénes eran los judíos, quién estaba dentro y quién estaba fuera.

Pero cuando lo miro desde Jesús, hay algo que me parece todavía más impresionante.

Jesús no vino simplemente a hacer que dos grupos diferentes se toleraran. No vino a construir una mesa más grande para que cupiéramos todos en ella.

Pablo dice que creó **«en sí mismo de los dos un nuevo hombre».** Una nueva humanidad. Algo nuevo. Algo que no existía antes.

Y entonces Pablo utiliza una palabra que, después de todo lo que hemos hablado estos días, me parece imposible pasar por alto:

«Así pues, ya no sois extraños ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y sois de la familia de Dios.» Efesios 2:19

Familia.

Este es el secreto que estaba delante de nosotros.

> **Jesús no nos invita simplemente a formar parte de un club nuevo, de una religión nueva, de una iglesia nueva o incluso de una familia nueva.**

Jesús nos introduce en algo mucho más grande.

La familia de Dios.

Y ahora entiendo mejor mi propia historia. Mi familia cambió. Mi iglesia cambió. Mis circunstancias cambiaron. Mi casa cambió. Pero yo estaba buscando una pertenencia que ninguna de esas cosas podía garantizarme para siempre. Porque **mi verdadera pertenencia no depende de que una fotografía permanezca igual.**

Depende de Cristo.

Y justamente eso hace que cambie la manera en que miro a los demás. Porque si mi lugar en la familia de Dios es un regalo, ya no necesito protegerlo decidiendo quién merece estar dentro. No tengo que construir un «nosotros» para sentir que tengo un lugar.

Cristo ya me lo ha dado.

Y tampoco significa que ahora todos seamos iguales. **Pablo no está borrando nuestras historias, nuestras culturas, nuestras diferencias o nuestras heridas.**

Está diciendo algo mucho más sorprendente.

Que **en Cristo esas diferencias ya no tienen el poder de separarnos.** Que Jesús puede tomar a personas que jamás se habrían sentado juntas y hacer de ellas una familia.

Piensa en estos ocho días.

**El temor de Dios, la gran comisión,
la santidad, la generosidad, la Trinidad,
el Espíritu Santo y la Palabra.**

Ahora llegamos a la familia. **Y todo nos apunta a lo mismo, a Jesús, y es en Él donde todo empieza a encajar.**

Porque ¿qué ocurre cuando el temor se convierte en asombro, cuando la santidad se convierte en cercanía, cuando la generosidad se convierte en regalo, cuando descubrimos que Dios es comunión, que su Espíritu está con nosotros y que su Palabra nos lleva a Jesús?

Que empezamos a vivir de otra manera.

Ya no desde fuera. Ya no intentando ganarnos un lugar. Ya no buscando desesperadamente una mesa en la que alguien nos diga que somos de los nuestros.

En Cristo ya hemos sido recibidos.

Somos de la familia de Dios. Y desde ahí podemos sentarnos con otros. Con los que se parecen a nosotros y con los que no. Con los que tienen una historia parecida y con los que nos cuesta entender. Con quienes llegan con heridas, con dudas, con preguntas, con una vida que no se parece en nada a la nuestra.

Porque la mesa ya no es nuestra.

Es de Jesús.

Y ese es el verdadero milagro.

Que después de haber pasado la vida buscando dónde pertenecer, descubro que Jesús no me estaba invitando simplemente a otra mesa. Me estaba llevando a casa.

Hoy no quiero proponerte que arregles ninguna relación ni que resuelvas tu historia familiar.

Solo quiero que te hagas una pregunta: **¿Dónde estoy buscando pertenecer?**

Y después otra: **¿Puedo dejar que Jesús entre ahí?**

En tu casa. En tu familia. En tu iglesia. En tu soledad. En esa parte de tu historia que todavía te cuesta enseñar.

> **No tienes que preparar nada.**
> **Solo abre la puerta.**

Deja que Jesús se siente a tu mesa. Y mira qué ocurre.

Oración

Jesús,

Después de todo este camino, me doy cuenta de que muchas veces he intentado entenderte desde lejos. He querido tener respuestas, saber dónde estoy, qué tengo que hacer y dónde encajo.

Pero tú me has ido mostrando otra cosa. Que puedo acercarme. Que puedo confiar. Que no tengo que fabricar mi lugar ni ganarme tu amor.

Hoy quiero dejar de mirar desde fuera. Quiero recibirte, caminar contigo y aprender a mirarlo todo desde ti. También a las personas que pones delante de mí, incluso aquellas que todavía me cuesta llamar familia.

Gracias porque en ti ya no soy un extraño. Gracias porque has derribado lo que nos separaba y me has acercado a ti. Gracias porque no solo me has dado un lugar.

Me has dado una nueva identidad. Soy tuyo. Soy parte de tu familia.

Ayúdame a vivir desde ahí. A descansar en que no tengo que seguir buscando desesperadamente dónde pertenezco. Ya he sido recibido.

Y cuando vuelva a olvidar quién soy, llévame de nuevo a ti.

Amén.

DÍA 8

Familia

“En Cristo, ya no estamos buscando una casa. Hemos sido recibidos en ella.”

ENC.
2026

Para que todos sean uno.
Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. → ***JUAN 17:21***

NOV.
13-15

/SOMOS
UNO

/C AMISTAD CRISTIANA